En el entusiasmo que me inspira vuestra noble institución, dejadme formular un voto que sale de lo íntimo de mi alma y que no os ha de parecer extraño en los labios de vuestro obispo:

Pido al cielo eleve vuestros sentimientos humanitarios á la altura divina de la caridad, que es la simpatía elevada á su más alto poder, transfigurada y glorificada, el amor puro y universal, el amor al hombre por Dios. Así habréis conquistado la inmortalidad.

Yo tengo la confianza de que esta bella insignia, ennoblecida en este día con las preces de la Iglesia y con vuestra fe, jamás ha de ser regada con lágrimas ni manchada con sangre. La oración de la Iglesia conmueve el corazón de Dios, y la fe cristiana (lo asegura el Apóstol) sabe obrar milagros de todo género hasta triunfar de la impetuosidad de las más voraces llamas: *Per fidem exstinxerunt impetum ignis*[1].

Proseguid, pues, vuestra noble misión, generosos bomberos, y continuad siendo los defensores de la propiedad, sin la que no hay estímulo al trabajo, ni premio á la constancia, ni tranquilidad en la riqueza, ni paz en la vida.

¡Que de esa noble insignia desciendan á vuestro corazón los nobles sentimientos y las patrióticas inspiraciones en los peligros, y podáis vencer á su sombra las voraces llamas, cual los jóvenes babilónicos, *loando á Dios y bendiciendo al Señor*[2]!

---

[1] Hebr. 11, 34. [2] Dan. 3, 24.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA BENDICIÓN DEL LAGO DE PEÑUELAS, EL 27 DE ENERO DE 1901[1].

Excmo. Señor[2], *Señores:*

ACCEDIENDO á una honrosa invitación, vengo como obispo católico á implorar las bendiciones del cielo sobre estas puras aguas que han de dar la salud y la vida á este gran pueblo, y á regocijarme como chileno de esta obra de colosal progreso que engrandece el nombre de la patria.

Nada más natural ni más grato que en un pueblo católico se asocie la religión á las grandes obras del progreso humano, porque ella tiene la virtud de santificar y de ennoblecer todo lo que toca con su mano divina y de hacerlas prosperar y perpetuarse con las bendiciones que alcanza de aquel Señor Omnipotente que con su palabra soberana tendió un día el manto de los cielos y abrió la urna anchurosa de los mares.

La religión aplaude los triunfos del progreso y jamás ha sido insensible al acrecentamiento del bienestar humano.

---

[1] El lago de Peñuelas con todos sus adherentes es una obra colosal y digna de romanos, trabajada para surtir de agua potable á toda la ciudad de Valparaíso y poblaciones circunvecinas. La hoya hidrográfica del lago mide 9.995 hectáreas de superficie, con 53 kilómetros de circunferencia, y puede contener hasta 95.000.000 de metros cúbicos de agua, que, divididos entre todos los habitantes, dan una proporción de 600 litros por persona. Toda la obra cuesta á la nación más de 7.000.000 de pesos.

[2] El Señor Presidente de la República, Don Federico Errázuriz.

Ella sabe que Dios ha constituído al hombre rey del universo y es su voluntad que aproveche los dones con que le regala su Providencia bienhechora; pues, como decía un célebre apologista[1]: «parece que Dios ha querido dejar incompleta la obra de la naturaleza á fin de que el hombre le dé una segunda forma por medio de las artes, de la industria, de las ciencias y del comercio.» Y en esta economía providencial, yo no sé qué admirar más, si la bondad del Criador, tan soberanamente generosa en sus concesiones á la naturaleza humana, ó la grandeza y el poder del hombre para ejecutar tan grandes maravillas en esta tierra que le ha sido entregada como vasallo.

Pero este señorío sobre el universo no le ha sido dado sin condición: se le ha dado á condición de que el hombre no desconozca el dominio soberano de Dios y que en todas sus obras le rinda el homenaje del amor y de la gratitud que como criatura debe á su Criador.

En cumplimiento de altísimo deber yo levanto mi voz en presencia de una de las obras más grandes que ha llevado á término la República, para bendecir al autor de todo bien, que provee con infinita liberalidad á las necesidades de nuestra existencia terrenal.

Nada falta en este magnífico palacio que ha sido dado al hombre por morada; nada falta para el contento y deleite de la humanidad en este suntuoso banquete de la creación.

Aquí veis, entre tantos otros dones, ese precioso elemento sin el cual se extinguiría toda vida en el mundo, la vida vegetal, la vida animal y la vida humana. Á la voz del Criador, se separó un día de los demás elementos y desde entonces lo vemos en todas partes en una abundancia correspondiente á su necesidad. El agua circula por

[1] *Tertuliano,* De Anima.

las arterias de la tierra como la sangre en las venas del organismo humano. Corre en todas direcciones en forma de arroyos, torrentes y ríos caudalosos que bajan de las colinas y de las altas montañas. La encontramos en pequeños y grandes depósitos, en la fuente que sale de las rocas, en las cisternas que recogen el agua de las lluvias, en el lago de mansas olas y en el vasto océano. El sol la hace subir en vapores imperceptibles, pero las nubes la devuelven en forma de lluvia y la atmósfera en perlas de rocío.

Al contacto del agua, la tierra parece saltar de gozo; los gérmenes despiertan; el valle se cubre de verdura, las flores abren sus cálices perfumados y los árboles alzan alegre su verde follaje y engendran variados frutos. Por donde ella pasa renace la frescura y brota el oasis en el desierto y todos los seres vivientes se regocijan porque pueden apagar su sed en las límpidas corrientes. Al contrario, donde el agua falta, todo languidece y muere; el desierto extiende tristemente sus áridas llanuras, y la roca levanta melancólicamente al cielo su frente desnuda.

Á más de estas propiedades naturales del agua, el alma cristiana divisa en ella las dotes sobrenaturales con que ha sido ennoblecida por el Redentor del mundo. «Sobre el agua, dice un Padre de la Iglesia[1], era llevado el espíritu de Dios en el principio para fecundarla. Este nobilísimo elemento purificó á la tierra manchada por el crimen, á fin de que la figura del bautismo apareciera antes que la realidad del sacramento regenerador. ¡Oh noble substancia! tú das una segunda vida á los mortales: eres el principio de las cosas naturales, pues has precedido á la creación de los seis días, y eres también su término, porque nos introduces en la esfera de los fenómenos sobrenaturales; ó más bien, por el poder omnipotente de Dios, tus atri-

[1] *San Ambrosio.*

butos como nuestros destinos no tienen límites. Tú sanas al cuerpo enfermo, tú borras toda mancha, y alegras al universo en los siglos. Cuando el pueblo hebreo huía de sus perseguidores, tú tomaste la dureza del cristal para darles libre paso, y, recuperando después la fluidez que te es propia, sepultaste en las ondas á los fieros hijos del Nilo. Los apóstoles y los profetas reciben de ti el nombre de nubes del cielo y sal de la tierra, y el mismo Salvador divino es llamado fuente de la vida y agua que salta hasta la vida eterna. Tú eres el alma de todos los elementos; pues, si se analiza el cielo, el aire, la tierra y el mar, se te encuentra en todas partes como principio de vida. Al golpe de la varilla profética brotaste de la roca misteriosa, así como manaste del costado del Salvador al contacto de la lanza del verdugo. Sí, por ti empiezan y por ti terminan los misterios todos.»

Este elemento esencial de toda vida es, pues, en manos de la religión, símbolo precioso de la gracia, que desciende como limpio raudal de las alturas del cielo para vivificar nuestras almas y formar en nosotros el ser sobrenatural.

Ved, pues, señores, con cuánta razón debemos bendecir á la Providencia que nos ha favorecido con este elemento indispensable para el bienestar de la vida. Ved también con cuánta razón debemos regocijarnos al pensar que esta fuente de puras aguas ha de traer la salud y el bienestar á los moradores de Valparaíso, hermosa perla del Pacífico y rico emporio de comercio, donde afluyen á millares las naves que nos traen los productos de otras zonas y las industrias de otros pueblos. Ved cuánto puede la mano del hombre para aprovechar los dones de Dios. La obra gigantesca de Peñuelas será perpetuo testimonio del celo inteligente y de la solicitud bienhechora del Supremo Gobierno y de sus iniciadores y ejecutores, cuyos nombres sabrá conservar siempre el pueblo, honrándolos cual merecen.

Os ha cabido, Excmo. Señor Presidente, la gloria de terminar esta hermosa obra que será la vida y salvación de Valparaíso.

Al felicitaros cordialmente por ello, permitidme agregar que vuestros conciudadanos esperan con confianza que otra obra análoga á ésta, y que será la vida y salvación de Santiago, quede también ligada á vuestro nombre y asegurada antes de terminar vuestro laborioso gobierno.

Por fin, yo me siento orgulloso al pensar que esta gran obra de Peñuelas ha sido concebida y realizada hasta su feliz término por un hijo de Valparaíso, con perseverancia y competencia admirables [1].

Recuerdo haber visto, hace más de treinta años, al digno ingeniero ofrecer este rico venero á los ediles de este puerto, sin recibir en respuesta más que tristes decepciones. Yo entonces pensaba en Colón cuando no hallaba quien quisiera aceptar un mundo que ofrecía. En estos instantes mi buen amigo debe sentirse satisfecho al ver realizada una obra que tántos bienes traerá á sus conciudadanos. La posteridad sabrá otorgarle cumplida justicia.

Este agradecimiento corresponderá ciertamente á la magnitud del beneficio, uno de los más grandes que pueda recibir un pueblo. Porque ¿de qué sirven los grandes palacios, los soberbios monumentos públicos, las fábricas magníficas en que la mano de la industria transforma la materia, si falta este elemento de vida, si el pueblo carece del agua suficiente para apagar su sed y satisfacer tantas premiosas necesidades?

---

[1] El ingeniero Don Jorge Lyón.

¡Quiera Dios que jamás se agoten estas aguas bienhechoras, que nunca pierdan su virtud saludable, que conserven inalterables su transparencia y su pureza, á fin de que en todo tiempo puedan las autoridades de Valparaíso repetir sin temor la invitación que hacía el profeta al pueblo de Israel: «Todos los que tenéis sed, venid á beber de estas aguas.» *Omnes sitientes, venite ad aquas!*[1]

---

[1] Is. 55, 1.